

do, y gracejo suelo decir, que yo debo de ser el hombre mas estúpido del mundo; pues siendo adagio comun, *que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena*, tan subida de punto es mi necesidad, que qualquiera sabe mas de mi casa, que yo propio. Nuestro Señor guarde à Vmd. &c.

CARTA XVIII.

IMPUGNASE UN TEMERARIO,
que à la question propuesta por la Academia de Dixón, con premio al que la resolviese con mas acierto, Si la ciencia conduce, ò se opone à la práctica de la virtud; en una Disertacion pretendió probar ser mas favorable à la virtud la ignorancia que la ciencia.

R.^{MO} P. M.

Y Muy señor mio: Ya tenia casi enteramente olvidada la especie sobre que V. Rma. me escribió algunos meses há del Autor, que en un Discurso à la question propuesta por la Academia de Dixón, si el *restablecimiento de las Ciencias, y las Artes* contribuyó para mejorar las costumbres, procuró probar, que en vez de mejorarlas las había empeorado, estendiendo su empeño à la generalidad de que en todos tiempos han producido las Ciencias, y

las Artes este pernicioso efecto. Digo que ya tenia casi enteramente olvidada esta especie, quando oportunamente, para restablecermela en la memoria, llegaron à mi mano los cinco Tomos del año de 51 de las Memorias de Trevoux, que V. Rma. tubo cuidado de enviarme, por haber hallado en el II. Tomo, Articulo 29, perteneciente al mes de Febrero, un extracto, y crisis de dicho Discurso, aunque uno, y otro mucho mas ceñido de lo que yo quisiera. Asimismo en el V. Tomo del mismo año, Articulo 127, lei otro extracto de la Respuesta, que dió el Autor de la Disertacion à no sé qué escrito, que habia parecido contra él. Y uno, y otro me dán bastante luz para conocer de qué armas usa, y del rumbo por donde navega.

2. Acuerdome ahora de que quando V. Rma. me dió la primera noticia, me escribía que habia admirado mucho que aquel Escritor hubiese emprendido tal asunto. Y yo digo que à mí me sucede lo mismo. Pero añado, que mucho mas admiro que la Academia le hubiese conferido el premio destinado al que mejor escribiese sobre la question propuesta. Yo me imagino que el Autor no creía lo mismo que intentaba persuadir. A mas me abanzo: acaso ni pretendía que otros lo creyesen. ¿Pues qual sería su intento? Quería que creyesen que era muy ingenioso, viendo que tenia habilidad para hacer probable una extravagante paradoxa; lo que con ese merito solo nunca logrará conmigo; porque no tengo, ni tendré jamas por hombre de buen entendimiento al que, en lo que escribe, u discurre, no aspira à descubrir la realidad de las cosas. La verdad es tan hermosa, y la mentira tan fea, que el que tiene la vista intelectual tan aguda, que percibe con toda claridad la belleza de la una, y la deformidad de la otra, creo que, aun esforzandose à ello, no podrá volver la espalda à la primera para abrazar la segunda. Ni hay que oponerme à esto la experiencia de no pocos agudos, nada sinceros. Yo he conocido algunos de esos agudos (digo respetados como tales), ya conversando con ellos, ya leyendo sus escritos, sin ver en sus discursos, y pensamientos mas que una mera superficialidad sin

fondo alguno. Travesean, no discurren: enredan, no texen lucen, porque alhucinan. ¿Pero con quiénes lucen? Con los que no discernen entre el oropel, y el oro; entre un trocito de vidrio, y un diamante: con los que equivocan la corteza de los objetos con la medula. Pero vamos ya á la Disertacion Academica.

3 Yo no sé con que ojos la miró aquella Academia para decretarle la corona; porque todo lo que veo en ella es, debaxo de un estilo declamatorio, visiblemente muy afectado, una continuada sofisteria, en que tiene el principal lugar aquel error logico, que consiste en tomar *non causam pro causa*; junto con la inversion, ó uso siniestro de las noticias historicas, que hacen toda la substancia de sus pruebas. Haré demonstracion de uno, y otro, empezando por lo primero, que me opondrá á la vista el extracto hecho por los Autores de las Memorias de Trevoux. Pero advierto, que desde aquí la Carta ya no es para V. Rma. á quien su superior erudicion hace superfluo quanto yo puedo discurrir sobre esta materia, sino para otros menos instruidos, á quienes se podrá comunicar.

4 Pretende el Autor de la Disertacion mencionada arriba, que la decadencia de la virtud de los Romanos, considerados en los primeros tiempos de la República, á la relaxacion de costumbres, que la Historia nos representa en los últimos, provino unicamente de la introduccion de las Ciencias, y Artes de la Grecia en Roma. Y se debe advertir, que esta contraposicion de *virtudes*, y *vicios* solo la expresa el Autor, cotejando la austeridad, moderacion, y pobreza con que vivian, y con que se contentaban los primeros Romanos; con el luxo, esplendor, y magnificencia en que se engolfaron sus sucesores. Y aun quando concediesemos eso, ¿qué se seguiria de ahí? Que estos tuvieron ese determinado vicio, de que carecieron aquellos; lo qual en ninguna manera decide de la virtud de los primeros, y de la absoluta corrupcion de los segundos; porque pudo muy bien haber

ber compensacion de aquellos á estos, en otros vicios, que reynaron en los anteriores, y se corrigieron en los sucesores; pues no en un vicio solo consiste la *nequicia*, ni en una sola virtud la *santidad*.

5 Pero aun el asunto mismo es falso; esto es, que esa corrupcion de los Romanos tubiese por causa la comunicacion de las Ciencias, y Artes de los Griegos. La causa del luxo de los Romanos fue la misma que siempre lo fue en otros Pueblos, la *riqueza*. Esta entró en Roma antes que la Ciencia. Los inmensos tesoros de Perséo, Rey de Macedonia, que traxo su vencedor Paulo Emilio, y los opulentisimos despojos de Cartago, que, con total ruina de aquella Ciudad, lograron los Romanos en la tercera guerra punica; estos, estos fueron los que introduxeron en Roma el luxo, la pompa, la magnificencia. Dixo muy bien el Abad Mably en sus Observaciones sobre los Romanos, que estos fueron virtuosos mientras guerrearon con otros Pueblos tan pobres como ellos; y dexaron de serlo desde que empezaron á triunfar de los ricos, porque trasladaron á Roma sus riquezas. Y si este Autor moderno hiciere poca fé, no puede menos de hacer mucha el grande Historiador de las cosas Romanas Tito Livio, que en las riquezas conoce la unica causa de la corrupcion de aquellos Republicanos: *Nuper divitiæ avaritiæ, & abundantes voluptates, desiderium per luxum, atque libidinem pereundi, perdendique omnia invexere* (Decad. 1, lib. 1.)

6 Y quisiera que el Autor me respondiese á este argumento. Si la ciencia de los Griegos hubiera influido el luxo en los Romanos, promoverian, y fomentarian ese luxo los Romanos mas doctos, y mas cultivados con las letras Griegas. Bien lexos de hacerlo así, esos eran los que mas fuertemente le disuadian, y declamaban contra él. Tengo presentes los que se siguen. Salustio, aunque de bien malas costumbres, es un rigido predicante contra el luxo, por lo que dixo de él Lactancio: *Sallustius homo nequam, sed gravissimus alienæ luxuriæ obiurgator*. Ci-

ceron, el gran Ciceron, en el lib. 2. de *Officiis* condena todos los gastos de pompa, y quiere que los ricos expendan lo que les sobra unicamente en el socorro de los indigentes. Tito Livio desde el principio de su historia llora amargamente el desperdicio, y suntuosidad Romana. Plinio el Mayor en muchas partes de la suya hace lo mismo. Si los doctos de Roma improbaban el luxo, no provino éste de la Ciencia.

7. ¿Y qué resultará, si cotejamos los doctos Romanos con sus emulos los indoctos Cartagineses? ¿La crueldad, y perfidia punica no se habia hecho proverbio entre los antiguos? ¿De qué venia, sino de su ignorante estupidez tanta efusion de sangre humana en obsequio de Saturno? Doscientos niños nobles sacrificaron en una ocasion. En la batalla, que les dió Gelon, Rey de Sicilia, Amilcar, hijo de Hannon, que era el General Cartaginés, todo el tiempo que duró el combate, que fue desde el amanecer hasta la tarde, estuvo sin cesar arrojando hombres vivos en las llamas, para obtener el favor de su Deidad. Pero todo esto era nada; y ¿querrá el Autor que respetemos como virtuosos los ignorantes Cartagineses, solo porque no gastaban la pompa, y fausto que los cultos Romanos?

8. En el cotejo, que hace el Autor, de los Athenienses con los Espartanos dá á entender tambien que no conoce en los antiguos otra virtud que la moderacion en el gasto, ni otro vicio que la magnificencia; pues solo por aquella virtud quiere representar á Esparta casi como una República de Santos; y á los Athenienses como enteramente viciosos: proviniendo lo segundo, segun el Autor, de lo mucho que se cultivaban en Athenas las Ciencias, y las Artes; y lo primero, de que unas, y otras estaban enteramente desterradas de Esparta, conforme á las leyes que en aquella República habia establecido Licurgo.

9. Mas ¿qué virtud era la de los Lacedemonios? La suprema barbarie. Voluntariamente pasaban una vida as-

pera, y durísima. ¿Esto para qué? Para hacerse tolerantes de todos los trabajos, y accidentes de la guerra, y aun de la misma muerte; de modo, que solo con el fin de dañar á otros, se maltrataban á sí mismos. Así no es mucho que sucediese lo que dice Aristoteles, que todos sus vecinos eran sus enemigos: *At Lacedæmoniorum vicini omnes inimici erant* (lib. 2. Politic. cap. 7.) ¿Cómo no habian de ser todos enemigos, de quienes parecian serlo de todo el genero humano? Batallaban intrepidamente; y la causa dió un Ateniense diciendo, que se exponian con gusto á la muerte, porque los libraba de una miserrima vida. Era muy frecuente atormentar con cruellimos azotes á los muchachos, tal vez hasta hacerlos exhalar el alma en las aras de su inhumanisima Diana, presentes sus madres, y exhortandolos á no dar la mas leve seña de sentimiento. Si así trataban los hijos, ¿cómo tratarian los esclavos, que lo eran todos los prisioneros de guerra? De una vez á sangre fria, con un vano pretexto mataron dos mil. ¿Y qué diré de la brutalidad de matar, por ley establecida para ello, á todos los recién nacidos, en quienes no veian traza de lograr con el tiempo la robustez necesaria para la guerra? Brutalidad la llamé; ¿pero qué bruto hay que haga otro tanto? Por otra parte, la relajacion de las mugeres, autorizada por las Leyes, contra el pudor proprio del sexo, estaba en el mas alto grado. Enteramente desnudas luchaban unas con otras á la vista de todo el Pueblo. Esto en Platon, y otros lo leemos. Y Aristoteles en el lugar citado arriba dice de ellas: *Vivunt enim molliter, & ad omnem licentiam dissolutæ*. Omito otro vergonzosísimo abuso, practicado en sus matrimonios.

10. Esta era la virtud de los Espartanos, ó Lacedemonios, de la qual se hace Panegyrista el Autor de la Disertacion. La inhumanidad mas fiera, la crueldad mas barbara, la mas asquerosa impudicia eran las loables costumbres que debian á la total ignorancia de Artes, y ciencias. Supongo que tampoco eran santos sus rivales

los Athenienses (¿Cómo lo habian de ser unos idolatras?). Pero tampoco eran unas bestias carniceras como los Espartanos, sino hombres. Monsieur Rollin observó, que aun con sus esclavos eran muy benignos, y que ésta indole dulce debian à la cultura de las Ciencias.

11 No con mas felicidad, ni con mas fidelidad usa de otros puntos históricos el Autor de la Disertacion para su intento. Pero lo mas extraño es, que quiera aprovecharse del exemplo de Christo Señor nuestro, que tratando de plantar el Evangelio en el mundo, lexos de buscar hombres sábios para este efecto, tomó por instrumentos suyos unos ignorantes Pescadores; pretendiendo inferir de aqui, que la ignorancia conduce à la reforma de costumbres, à la Religión, à la piedad, y por consiguiente descamina de ellas la Ciencia. ¿Cómo he de creer, que el Autor tubo esta por una prueba sería de su asunto? Ignoraba, por ventura, lo que sabe todo el mundo, que esta fue una maxima celestial de nuestro gran Maestro, fundando en ella la prueba mas concluyente de la divinidad de su doctrina? No leyó, ù oyó aquella sentencia de S. Pablo (1 ad Corinth. cap. 1.): *Quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: & infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia?* Escogió Dios para la conversion del mundo unos hombres ignorantes; y sobre ignorantes débiles, y pobres. Si hubiese aplicado à este fin los mas sábios Phylososofos, y mas eloquentes Oradores de la Grecia, ù algunos Príncipes grandes, pues facil lo era uno, y otro, dirían los infieles, que ù ya la sofística agudeza del raciocinio, y la ilusoria seducción de la eloquencia, habian imbuído à Pueblos simples de una Religión falsa, ù ya que la fuerza insuperable del poder violentamente los habia arrastrado à ella. Como al contrario, la providencia del Salvador en emplear à tan alto fin hombres ignorantes, y pobres cortaba todo efugio à la impiedad.

12 Fuera de esto, aunque los Apostoles, al tiempo que el Redemptor los llamó eran ignorantes, despues que

me-

empezaron à exercer el ministerio de la predicacion, en las ocasiones en que los questionaban sobre la doctrina se hallaban ilustrados de una ciencia muy superior à la humana, cumpliendo su Maestro con la promesa, que les habia hecho, de socorrerlos en esos lances, con una eloquencia, y una sabiduria, à quienes no podrian contradecir, ù resistir todos sus contrarios (Luc. cap. 21.). Fuera de los casos de disputa, el dón de los milagros era mas apto para persuadir los hombres, que toda la sutileza de los Phylososofos, y toda la eloquencia de los Oradores. ¿No es lastima vér usar de un tal argumento para probar que la ignorancia es favorable, y la Ciencia contraria à la virtud?

13 Pero no son mucho mejores los demás que toma de la Historia. Despues de lamentar las turbaciones, que padeció la Iglesia en algunos siglos; cerca del decimo del Christianismo encuentran una epoca felicísima para ella. *En fin, dice, las cosas tomaron una situacion mas tranquila hácia el decimo siglo: la antorcha de las Ciencias cesó de alumbrar la tierra.* Que en aquel tiempo la ignorancia, asi en los Eclesiasticos, como en los Seculares, era mucha, ù, digamoslo mas templadamente, habia menos Ciencia que en otros, es cierto. Aun quando ese fuese un tiempo muy sereno para la Iglesia, pudieron concurrir otras causas para la pretendida serenidad, y siempre sería una gran voluntariedad suponer por unica causa de ella la extincion de la luz de las Ciencias. Pero que entonces gozase la Iglesia alguna considerable tranquilidad, es falso. Tomemos por lo que llaman *hácia el decimo siglo*, ù cerca del decimo siglo, la segunda mitad del noveno. ¿Y qué tranquilidad gozó la Iglesia en aquel tiempo mas que en otros? No la veo. La mayor parte de ese tiempo tubo el cismatico Phocio con sus artificios embustes, y el apoyo de algunos Emperadores del Oriente revuelta toda la Iglesia Oriental, y conturbada la Occidental. Apenas otro algun Heresiarca dió tanto en que entender à los Pontifices Romanos.

¿Cuán-

14 ¿Quántos pesares dieron dentro de ese termino el Emperador Ludovico II, y Lotatio, Rey de Italia, à los Papas Nicolao I, y Adriano II? ¿Al mismo tiempo de la Consagracion de este segundo no entró à mano armada Lamberto, Duque de Spoleto en Roma, y la llenó toda de raptos, y sacrilegios? ¿El mismo Lamberto, en otra irrupcion, que hizo en Roma, no tuvo al Papa Juan VIII, encarcelado en la Iglesia de S. Pedro, y aquel Templo por espacio de un mes privado de todo oficio divino, y aun de luz? ¿Los Sarracenos no corrian entonces libremente por la Iglesia, apoyados de algunos Principes Christianos de aquella Region, hasta las puertas de Roma; de modo, que al Papa Juan VIII obligaron à pagarles anualmente veinte y cinco mil marcos de plata? ¿El Papa Leon V no fue arrojado de la silla, y puesto en prision por un Presbytero, llamado Christoforo, que se intrusó en el Solio Pontificio, y despues fue ignominiosamente precipitado de él, y encerrado en un Monasterio? ¿No se dió, dentro de ese mismo espacio de tiempo, aquel grande escandalo à la Iglesia de hacer el Papa Stefano VII desenterrar à su antecesor *Formoso*, llevar el cadaver à Juicio, hacerle cargos como si estuviese vivo, condenarle como usurpador de la Silla Apostolica, cortarle tres dedos, y la cabeza, arrojarle al Tiber, y dár por nulas todas sus ordenes? Es verdad que este escandalo tardó poco en repararse, sucediendo en la Silla Pontificia Theodoro II, que restituyó solemnemente à la sepultura el cadaver de Formoso, hallado por unos Pescadores; y restableció los Eclesiasticos ordenados por él, y depuestos por Stefano. Mas el escandalo apagado presto volvió à revivir con la elevacion de Sergio III al Pontificado, que se declaró contra Formoso, y aprobó los procedimientos de Stefano VII contra él; aunque esto à la verdad yá fue dentro del siglo decimo, mas tan à los principios, que no hubo lugar à que se encendiesen nuevas luces à reemplazar las que nuestro Autor de la Disertacion, con tanto consuelo suyo, contempló antes extinguidas. Mas

15 Mas yá que entré el en siglo decimo, aqui he de deber que descanse un rato mi memoria al doctisimo Maestro Agustiniانو Henrique Florez, restandome solo el trabajo de copiar un pasage suyo, en que, con la energica discrecion que le es tan propria, y con aquella liberrad, no audaz, pero generosa, que inspira à los buenos Escritores el noble amor de la verdad, pinta lo mucho que en este siglo padeció la Iglesia, y lo que, bien lexos de provenir de habers encendido las luces de las Ciencias, procedió, segun el sabio Agustiniانو, de la profundisima ignorancia, que tubo obscurecida la Iglesia, y el mundo en este siglo. Asi dice en su Clave Historial, al empezar la enumeracion de los Papas, que reynaron en dicho siglo.

16 “Aqui debo volver à prevenir lo que al fin de los Papas precedentes. Es este infeliz siglo plana muy principal del de hierro, de plomo, y aun de escoria. Reynó en él la discordia en el Imperio; el desorden en los Ministros de la Iglesia; y la ignorancia en tantos (*cuenta con las palabras siguientes*) que casi no sabian Latin, ni qué cosa eran letras, sino los que habitaban en los Claustros. Los libros eran tambien rarissimos, por haberse quemado con los Pueblos, à que Marte puso fuego; y como no habia el Arte de la Imprenta, solo se dedicaban à aumentar exemplares los que estaban retirados en sus celdas.

17 “El infeliz desorden de los Papas provino del poder temerario, y ambiciosas sediciones de los Principes, con que cada uno queria introducir à quien queria; y turbada la libertad del Clero, para sus elecciones se veian precisados à admitir lo que si no, ocasionaria el mayor mal del cisma. Reynaba sobre la fuerza de Marte la de Venus: y mandando las *Theodoras*, y *Marocias* à los Sumos, se desmandaron los remedios hasta lo infimo. Las madres malas engendraban unas hijas peores: y mezcladas madres, è hijas con unos padres, que solo debian serlo del espiritu, llegó à profa-

”nar-

„narse tanto la integridad del Canon, que se casaban con
„públicas amonestaciones los Canonigos. ¡O tiempos! ¡O
„costumbres! &c.

18 Toda la Historia Eclesiástica atestigua muy por extenso lo que el P. M. Florez en compendio nos dice de las infelicidades de la Iglesia en el siglo decimo, y aun esas se estendieron hasta la mitad del undecimo; desde cuya mediedad volvió à recobrar su decoro la Silla Pontificia. Sobre que me parece oportuno hacer la advertencia de que en esa mitad segunda del siglo undecimo, en que la Iglesia se restableció en su antigua dignidad, reynaron cinco Monges Benitos, Stefano X, Gregorio VII, Victor III, Urbano II, y Pasqual II. ¿Pero à qué viene esto? Derechamente al asunto que se questão. El P. Florez acaba de decirnos, como causa de los gravísimos desordenes de aquella edad, que era tanta la ignorancia, que reynaba en ella, *que casi no sabian Latin, ni qué cosa eran letras, sino los que habitaban en los Claustros*. Duraron, pues, los males de la Iglesia una gran parte del siglo nono, todo el siglo decimo, y la mitad del undecimo; porque todo ese tiempo duró la ignorancia de las letras; y ésta duró hasta que trataron los Romanos de buscar para ocupar el Solio Pontificio los que habitaban *los Claustros*, adonde en todos tiempos se conservaron las letras.

19 De todo lo dicho se infiere, que el Autor de la Disertacion todo lo trastorna; y tan desacertado es en la critica, como nada atento à la verdad de la historia; pues para fundar el error critico de que la ignorancia es util à la Iglesia, supone el error historico de que ésta nunca se halló mejor que en aquel tiempo en que mas destituida estuvo de ciencia; quando acabamos de vér que ese fue el tiempo mas calamitoso para ella; como al contrario empezó à convalecer de sus males, desde que al Tro- no Pontificio empezaron à subir las Ciencias.

20 No hay que temer que nuestro Disertador dexé de ir consiguiente en su Critica inversa. Constante sigue el mis-
mo

mo camino, ò por mejor decir el mismo descamino: pues como en la extincion de la luz de las letras hacia el siglo decimo soñó la felicidad de la Iglesia, en la reviviscencia de ellas, à mediado el decimoquinto encuentra su desdicha. Habiendo la conquista de Constantinopla hecho à Mahometo Segundo dueño de todo el Imperio Griego; Juan Lascaris, Chysoloras, Theodoro Gaza, y otros Sabios de aquella Nacion, en la qual se conservaban unos buenos restos de su antigua Literatura, quando por acá el gusto de las buenas letras enteramente estaba perdido; fugitivos de la dominacion Otomana, por la generosidad de los Medicis, hallaron en Italia un honrado asylo, con cuya ocasion esparcieron en ella su amena erudicion, que despues se comunicó à la Francia, y otras partes. Pues esta restauracion de las letras pretende nuestro Autor, que induxo una gran corrupcion en las costumbres; pero sin mas prueba que algunas declamaciones contra vicios determinados, que si los hay hoy, siempre los hubo, ò si crecieron en este tiempo, se compensó su aumento con la diminucion de otros mas graves, que dominaron antes.

21 ¿Mas cómo es posible hacer tantéo de la altura que adquirieron, ò perdieron los vicios en la restauracion de las letras? En las Historias se hallarán materiales sobrados para dár alguna apariencia de verdadera à qualquiera opinion que se quiera seguir sobre este asunto: y será à cada uno muy facil hacer un gran libro, amontonando aquellos que favorecen su partido, y omitiendo los que pueden servir al opuesto. Por lo que yo, abandonando una discusion prolixa à quien no es posible señalar termino, solo propondre dos observaciones sobre ciertos puntos principalísimos, por los quales se puede formar un concepto razonable, de cuál de los dos tiempos fue mas favorable à la virtud, y à la tranquilidad de la Iglesia, si el anterior, ò el posterior à la reviviscencia de la literatura.

22 La primera observacion que hago es sobre la co-
Tom. IV. de Cartas. P se-